



La Gayata

Antonio Pérez López

¿Cuáles son los recuerdos que tiene de su infancia en Oseja?

Mi mote familiar es "Baltorres". De los primeros recuerdos es de ir con los chicos y el maestro D. Ángel Lázaro a la Cueva de Ludón; en la entrada había una palangana de piedra con agua para lavarse. A los Reyes Magos les ponía en la ventana un zapato con cebada para los camellos y nos dejaban monedas, pesetillas, naranjas o chocolate. Miraba el resto de las ventanas pero no había más. Tendría unos diez años cuando una noche fuimos los amigos por la huerta los "Casales" y nos siguió el "tío Perico" que era guardia de la huerta del pueblo, a mí me encorrió pero no me pilló porque me tiré por un ribazo. Jugábamos a los "corronches", que era un aro de metal con una guía para así llevar el corronche por las calles. La cabra de nuestra casa se la llevaba el pastor el "tío Justo". Cuando él volvía por la noche, yo ordeñaba la cabra y a la mañana siguiente desayunábamos esa leche con café y pan. A la escuela llevaba los libros en una cartera de tela cosida por mi madre. Tenía muy buena letra y me gustaba leer el Quijote, en cambio, las matemáticas no las llevaba muy bien. Si nos portábamos mal, D. Ángel nos castigaba poniéndonos de rodillas con los brazos estirados y abiertos y en cada mano un libro; y alguna vez también nos daba con la regla, pero para mí D. Ángel era un buen maestro. Salíamos al recreo y jugábamos "al marro" en la Plaza, y también a los toros, uno hacía de toro, nos seguía y nos subíamos a las ventanas para que no nos pillara. También a "churro manguito", "media manga" y "mangón". Con todos los chicos me llevaba bien, con los que más, con Valero, Enrique, Ramón, Tomás, Rosalío, Jose-lillo, Fernando y Ramón "el Folajo". Por la noche jugábamos "a escondrecucas", unos se ponían en la Plaza y otros debajo de las Escuelas, nos escondíamos por los Huertos de las "Menonzas".



¿Qué recuerda de su 1ª Comuni3n?

Comulgé en Zaragoza porque estaban mis padres entonces trabajando en la huerta de un convento, en lo que ahora es el Corte Inglés. Una de las monjas me enseñó cómo tenía que comulgar, y con todo chicas, hice la primera comuni3n con una batuca igual que la que llevaban ellas. ¿Qué es lo que le gustaba de las fiestas? La mañana de la víspera de San Blas íbamos al pajar a llenar las arpilleras de paja para que las caballerías tuviesen comida durante todas las fiestas. Ese mismo día venían los músicos de Calcena, entre ellos, el "tío Basilio" con el clarinete y el "tío Tirolicas" con





el bombo. Se repartían por las casas del pueblo. Disfrutábamos bailando con las chicas guapas mientras las madres de ellas controlaban con quién bailaban.

Se comía muy bien, los padres mataban un cordero para pasar las fiestas, y se invitaba a amigos forasteros. Antes de la misa se bandeaban las campanas. Salíamos a la procesión y el último día se sorteaban los "rollos" de San Blas. En esa época nos lo pasábamos bien de esta manera, no teníamos otra cosa.

¿Qué costumbres y tradiciones recuerdas? Rondábamos por las calles, yo tocando la guitarra y Fernando el laúd, y con el resto de la cuadrilla cantando. Una copla que cantábamos a las chicas era ésta:

"Quisiera volverme yedra y subir por las paredes y entrar en tu habitación por ver el dormir que tienes"

La matanzía también era una fiesta. Nos juntábamos toda la familia a comer y beber dos o tres días. El matachín del pueblo, "el tío Pata", nos mataba dos o tres cerdos, y alguna cabra para hacer chorizo. En Carnavales nos poníamos un collar de campanillas de las mulas y acorrer por el pueblo. Otras veces nos vestíamos de mujer e íbamos por las casas a ver si nos conocían. En Mayo íbamos los mozos a las choperas a cortar el chopo más alto que hubiera y después de hacer un pozo en el suelo de la plaza lo poníamos, y ¡a ver quién subía más alto al mayo! Para la Virgen de la Sierra, los jóvenes nos levantábamos pronto por la mañana y nos íbamos andando a la Aldea y desde ahí sierra arriba hasta la ermita. Dentro del santuario había un pozo grande del que sacábamos agua fresca para beber; debajo de la ermita también había una fuente que los viejos decían que emanaba aceite y que el santero lo cogía para venderlo, hasta que se volvió agua. El mismo día subían también los de Jarque, Aranda y Villarroya y se preparaba un buen baile en una era cercana. A la vuelta, al bajar te dolían las rodillas. ¿Recuerdas a tratantes o comerciantes que venían al pueblo? Venían muleteros a vender, entre ellos "el tío Romaldicos" de Nigüella con una palanca de machos; se quedaba en Oseja cuatro o cinco días en una de las dos posadas que había. Otro era "Juanito" de Calatayud, y me acuerdo también de un capador de caballerías que venía por las calles tocando un chiflo. De los zapateros



de Brea decían: “Los zapateros de Brea tienen la mala costumbre, de trabajar los domingos y guardar fiesta los lunes”.

¿Qué es para usted Oseja y qué parte del pueblo le gusta más?

Me acuerdo mucho de Oseja y cuando voy disfruto. Me acerco al cementerio, veo las fotos y me gusta recordar. Los sitios que más me gustan son las bodegas, la fuente y ver a los buitres cerca de las rochas.

¿Se siente aragonés?

Por supuesto que me siento aragonés, me gusta que fuera de Aragón me digan “el maño”.

¿Cómo conoció a su mujer?

Estando yo en Zaragoza trabajando en una fábrica de curtidos, un compañero que era de Moros me dijo de ir a las fiestas de San Pedro, y con una moto grande allí nos fuimos. En Moros conocí a Mari Carmen; por cierto que tuve éxito en el baile con las chicas porque le decían a mi amigo: ¡qué chico más guapo has traído!, pero Mari Carmen se apoderó de todas. Nos casamos en Moros, vinieron muchos de Oseja a la boda, entre ellos mi primo Carmelo que fue quien nos casó. Con Carmelo, unos años antes me había ido en una “Vespa” al Monasterio de Piedra. El viaje de novios fuimos a Bilbao.

¿De qué ha trabajado en su vida?

A los 15 años, ayudaba a mis padres en el campo, que recuerdo que después de estar todo el día labrando, por la noche después de cenar iba a la herrería a abuzar los barrones del aladro con el herrero. Después, durante 5 años en Zaragoza trabajé en una fábrica de curtidos y cuando salía de ella, estuve aprendiendo algo de carpintería. Cuando me casé trabajé en Moros en la carpintería de mi suegro más de 30 años, hasta que me jubilé. La carpintería es lo que más me ha gustado y con quien realmente aprendí fue con mi suegro, tenía mucha paciencia y era muy listo.

¿Le gusta cocinar?

Me gusta la cocina y tengo costumbre. Veo los cocineros en televisión y cojo detalles. Cocido, habas, lentejas, flanes de cinco huevos, de todo. Las migas me salen estupendas y llevan fama en Moros. La receta es la siguiente: Se corta el pan en trozicos y se echa a remojo por la noche, al otro día en la sartén se hace un sofrito de cebolla picada en abundancia, ajos, tiricas de torrezno, pimiento verde y pimentón a discreción, y a darle vueltas hasta que esté a punto.

¿Ha viajado mucho?

Sí que he viajado. Con un amigo camiónero de Moros recorrí media España (Sevilla, Palma del Río, Cádiz, Jerez, vi las Bodegas Osborne, Palma de Mallorca). Con mi mujer estuve un mes en casa de sus tíos en Avilés; nos decían los “maños”.

¿Se acuerda de sus padres y abuelos?

Mi padre Sebastián Pérez Aznar era muy bueno, me gustaba verlo cantar y bailar jotás. Me compró una guitarra que aún la tengo. Mi madre Consuelo López Aznar, era muy trabajadora. Recuerdo que para el Viernes Santo hacía unos huevos tontos que me gustaban mucho. Me echaba en un banco en el hogar y cuando me estaba durmiendo mi madre me sacaba unas almohadas para la cabeza. Con el abuelo paterno “Antón” me iba a acompañarlo a “la Martín” a coger melocotones. Me decía muchas veces: “ven aquí moco almú”. El abuelo materno “el Ribera” murió con 103 años.

¿Qué opina de su familia?

¡Ojalá acertara una primitiva para dejar a los míos en buena situación! De mi hijo, orgulloso, y él y mi nuera muy buenas personas. Mi nieto, muy cariñoso, y me hace cosas que yo no sé hacerlas. Y con mis hermanos y sobrinos formamos una gran familia.

¿Ha sido feliz?

Sí, con toda mi familia, muy feliz, El mejor día fue el de mi boda. Ahora me falta mi mujer, lo que más quería en la vida; hace ya 13 años y todos los días me acuerdo de ella. No cambiaría nada de mi vida. Además he ido trabajando y me ha ido bien.

¿Cómo ve la vida y la muerte a los 78 años?

Con ilusión y optimismo. Para el tiempo que tengo me encuentro bien, en el espejo me veo rejuvenecido. ¡Mientras pueda trabajar en el huerto! La televisión también me entretiene, las películas antiguas y las del Oeste de Aragón TV. Comer una buena comida hecha por mí. Ver la alegría de la gente, y si tuviera poder daría trabajo a la juventud y quitaría la corrupción. A la muerte todos tenemos miedo, pero será lo que Dios quiera

¿Cómo le gustaría que le recordasen?

Como lo que soy, buena persona y cariñoso con la familia. También por las cosas que he hecho, y ahora hasta cuido a los animales. ¡Que se acuerden de mí!

Miguel Ángel Pérez Gil